

el signo de una evolucion parlamentaria consumada en minutos en virtud del impulso loco y tumultuario de la juventud de las escuelas. Una gran masa de los *tibios* se habia replegado á las filas de la oposicion que se abrieron para recibirlos. ¿Pudo decirse que se habian *enardecido* á los gritos y silvidos de los estudiantes?—¿Y por qué no?—En una sociedad y en una época en que la generalidad de los hombres grandes y serios causan risa cuando no desprecio, hay que tomar en serio á los muchachos.... Su tarea, empero, no estaba más que iniciada. En rápida ojeada la veremos proseguirse y terminarse en la Cámara y fuera de ella, en las calles de la capital.

## V.

## Lo agregado.

Ante la actitud turbulenta de los estudiantes posesionados de las galerías superiores como de las barricadas de un motin á gritos construidas en el seno mismo de la Cámara, Manuel Gonzalez

decidió mover hácia ellas su cohorte de policías secretos convertidos en esbirros, sus agentes de seguridad y de orden transformados en celadores *ex-catedra* de las escuelas y colegios. En virtud de esa decision, cada estudiante tuvo á su lado ó detras de él, en las sesiones subsecuentes del debate, un policía secreto ó manifiesto que le acotaba los movimientos, le media la intensidad de los gritos, le decía esto: "al otro grito que *pegue* me lo llevo á usted á la *Diputacion*;" (la *Diputacion* es el nombre aristócrata de la cárcel correccional) ó esto otro: "estese usted quieto, si no quiere dormir en la *chinche*;" (la *chinche* es el nombre plebeyo de la misma cárcel.) De allí que la juventud de las escuelas, reprimida dentro de la Cámara tendiese como los gases á llevar á otra parte su fuerza expansiva. Desde ese momento el motin estudiantil rechazado en las galerías se echó á la calle. Se le vió primero en la forma inocente de un peloton que se movia y gritaba. Gritaba "vivas" y "muerras," se estacionaba bajo los balcones de un diputado de oposicion y le daba una serenata de aclamaciones; detenia y levantaba, sustentado por los estudiantes más altos y fuertes á tal otro diputa-

do que se resignaba á un triunfo en relaciones materiales con el de Sancho Panza . . . . Luego, aquel peloton iba engrosando al moverse, recogiendo en su marcha algo nuevo que el análisis desdeñaba, partículas, séres humanos ciertamente—¿clasificables?—sin duda!—Un periódico de oposicion, (1) ardiente simpatizador del motin, les llamaba con laudable entusiasmo *ciudadanos honrados*.—¡Está bien! . . . Pero eso es hacer frases corteses, y no analizar . . . . El historiador no retrocede ante las realidades bruscas. ¿La crítica histórica dejará que ciertas susceptibilidades patrióticas le impongan un límite en lo grotesco? . . . .

Los hombres que recogia el peloton de estudiantes hacian un puro elemento de agregacion. El *artesanito* ú obrero de pequeña industria, privado de ocupacion ó en el goce de un dia ó algunas horas de huelga, el *cesante* cuya vida miserable se sostiene solo con la esperanza de volver á ser empleado, el *lépero*, ese harapo vivo de nuestras calles, ese ripio de nuestra poesía y *caló* de nuestra prosa, todo lo que vaga, lo que está sobrando ó

(1) *El Tiempo*.

está de broma, lo que se estaciona á parlotear en las esquinas de México, lo que riñe en las cantinas, dormita ó tambalea en las pulquerías . . . . Todo eso prestó al motin escolar las únicas fuerzas que podia prestarle: su fuerza cohesitiva para agregarse, su fuerza de proselitismo para secundar ciegamente el movimiento inteligente y patriótico y añadir al tumulto inofensivo de la juventud la fuerza agresiva de sus pedradas . . . . Toda esa gente sentia algo, queria algo . . . . ¿Pero sabia lo que sentia, se daba cuenta de lo que queria?—Al oirla expresarse por conversaciones y párrafos sorprendidos entre los grupos de las calles, pudiera haberse creido que una invasion extranjera amenazaba al país ó que se nos preparaba en Lóndres otra convencion tripartita. « *Ss nos quiere vender á los ingleses* era la frase predominante. El sentido vulgar tomaba y entendia literalmente esa frase y hasta se ponía á calcular el tanto-cuanto de la compra-venta. Un lépero formulaba así sus deducciones en medio de un corro de oyentes:— «Somos diez millones de mexicanos, decia, ostentando, para objetivar la tésis, los diez dedos de sus manos,—la deuda inglesa es de ochenta millones

de pesos que el Gobierno no podrá pagar. Nos entregará á los ingleses en cambio. Diez millones á ochenta millones, salimos á *ocho pesos* cada uno. . . . El corrillo se indignaba como si cada uno de sus miembros se sintiese personalmente malbarátado. De aquí el grito tan repetido en el motin: "*mueran los ingleses.*" Algunos enemigos de la monotonía hallaban esta variante á ese mismo grito: "*mueran los yankees.*" Ingleses y norte-americanos eran cosa igual en el concepto de aquella multitud que marchaba á tientas entre la agitacion pública sin mas guía que su ignorancia.

Por aquellos dias habia circulado un rumor, acogido con fruicion y propalado por un semanario humorístico, sobre el robo del *barandal* del balcon central del Palacio. Se decia que aquel antiquísimo barandal, procedente de la época de los vireyes, era de un bronce especial que contenia una considerable *liga de oro*. Segun el citado semanario unos viajeros yankees habian ofrecido por aquella alhaja nada ménos que *cincuenta mil pesos*, ofrecimiento que indujo al gobernante á aprovecharse directamente del barandal. . . . El semanario no conjeturaba; afirmaba hechos. Sus

redactores habian visto levantar un andamio bajo el barandal, le habian visto en el momento de ser desclavado, descendido, llevado para su fundicion y acuñacion de su oro á la casa de moneda, y sustituido en el balcon desguarnecido por otro barandal de igual forma, pero de materia relativamente vil. La multitud acostumbrada á ver tantos ejemplos ciertos de la rapacidad del grupo imperante, no dudó de la verdad de esa anécdota que hablaba en relacion con la historia de los despojos llevados á cabo por Manuel Gonzalez en su período de gobernador de Palacio sobre los muebles del imperio, y se dió por hecho el robo del barandal. . . . Al mismo tiempo, el rumor de que se estaba preparando una explotacion semejante con la estatua ecuestre de Carlos IV, circuló de hablilla en hablilla y halló eco en las columnas del mismo semanario. *El caballito*, nombre dado por el vulgo de México á aquella estatua, iba á ser vendido á norte-americanos. . . . *Se han robado el barandal; el caballito se va* fueron como las frases suplementarias del motin, propias para arrastrar y exaltar á la multitud agregada al movimiento de los estudiantes.

Estos alentaban, más bien que combatir, aquella especie de superstición política. Una superstición es frecuentemente, y sobre todo, en México, más poderosa que una idea en las masas del pueblo bajo. En 1810 el cura Hidalgo movió más de cien mil indios con la superstición religiosa de la vírgen de Guadalupe, presentada por él á los indios como combatida y próxima á ser aniquilada por la *gachupina* vírgen de los Remedios. En 1884 los estudiantes movían también al pueblo bajo de la capital con patrañas como la de la enajenación del país al inglés ó como la del robo del barandal. Solo que ellos ¡niños! se sentían influenciados por la multitud misma que movían. Gritaban también como ella: "¡mueran los ingleses!" y recogían de ella el grito leperuzco de "¡muera el manco!" aplicado á Manuel Gonzalez.

Pero otras influencias superiores les dirigían, y ellas eran ejercidas por una colectividad y por un hombre solo. La colectividad era *lo femenino*, la mujer, la colaboradora anónima de la obra salvadora de la juventud, el hombre era un ilustre viejo poeta.

## VI.

## Lo femenino.

*Esposa de diputado tibio.*—¿Votarás en contra?

Diputado.—Votaré en pro.

*Esposa.*—¿Pero es posible? ¡y tu patria?

Diputado.—¿Y mis compromisos?....

Y el diputado va y vota en pro el contrato de la deuda *en lo general*. Ese mismo día al volver el diputado á su casa:

*La esposa.*—¿Has votado?

Diputado.—He votado.

*Esposa.*—¿Que no?

Diputado.—¿Que sí!....

*Esposa.*—Pero ¡insensato! ¡no me has dicho que esa deuda es la ruina, que es monstruosa, que hay en ella un exceso que significa *robo*? ¡y así la votas! ¡Eso es la deshonra, y la deshonra tuya es la

mia y la de tus hijos!... ¡Sabes cómo me dicen ya en la vecindad? ¡Traidora! y á tí traidor!...

*Diputado.*—Pero ¡mujer!

La esposa redobla sus protestas, y aún suele ir hasta el llanto, ese recurso tan fácil de su naturaleza impresionable. El diputado túbio arrastrado al deber por la voz de la compañera íntima, más poderosa que la de su conciencia, va á la Cámara decidido á votar en contra *en lo particular un artículo capital del contrato de la deuda.*

En otra casa:

*La madre.*—Ya son las siete, y aún no viene mi hijo.... Estoy inquieta.... Le habrá sucedido algo?—No sin razon le he prohibido salir en estos dias de motin, y sin embargo, se me escapa á la calle con esos locos de estudiantes, sus compañeros.... Será preciso castigarle.... Mira María, (llamando á la criada) quita á mi hijo una peseta de la *alcancía* de sus ahorros.

Pasa una hora de creciente inquietud, y el hijo vuelve al fin agitado, descompuesto el traje, la voz enronquecida.

*La madre.*—¡Pérfido! ¿qué te has hecho? ¿de dónde vienes? ¡así dejas á tu madre esperándote

horas y horas en la más profunda angustia? ¡Y en qué traza llegas! Se creeria que te han apaleado..

El hijo (chico de quince años)—He estado en las galerías de la Cámara gritando "mueras" á los traidores.... Despues, en la calle he aclamado á los patriotas, he arengado al *pueblo*, he sufrido empellones y palos de los gendarmes, y por último una hora de detencion en la cárcel.... todo por la patria, porque se trata de salvar á la patria, y el chico, como si creyera que estaba todavia declamando ante un grupo de léperos, concluye con un ademan trágico.

*La madre*, (llorando y abrazándole.) ¡Pobre hijo mio! ¡Demonio de muchacho! Pero ¿quién te ha dicho que esté bien que chiquillos como tú se metan en tales cosas!.... Si me vuelves á salir, verás como te castigo.... Mira, María (hablando aparte á la criada) vuelve la peseta á la alcancía de mi hijo, y ponle además otra....

Así obraba y hacia sentir su influencia directa ó indirecta, en el hombre y en el niño, la mujer mexicana, invisible conspiradora, afortunada en su hogar como en reducto inexpugnable. Habia heroínas oscuras entre las numerosas afiliadas de

aquella conjuración. Se hablaba de una dama en cuya casa se celebraban reuniones de estudiantes de ordinario animadas por su presencia y sus ardientes excitativas. El historiador pudo ver por sí mismo á una madre jóven, esposa de un diputado del *contra*, cuyo hijo pequeño agonizaba en los dias de las más tumultuosas sesiones. Cuando en la víspera de la muerte del infante, á la hora en que su agonía se agravó, el diputado dijo á la jóven madre: "hoy no iré á la Cámara; me quedaré contigo junto al lecho de nuestro hijo,"—"Ve, respondió ella, á la Cámara donde hace tanta falta tu voto de oposicion, que yo velaré sola por nuestro hijo." Justo es añadir que el diputado obedeció sin vacilar aquel mandato tan digno de Esparta como la amenaza de la esposa de un diputado del *pro*: "¡Si votas la deuda, me divorcio!".....

### VII. El ilustre viejo poeta.

Un diputado septuagenario se habia declarado en contra del convenio Noetzlin desde que fué presentado á la Cámara. Se llamaba Guillermo Prieto, nombre popular, lleno de significaciones gloriosas. Para las mujeres y los niños significaba la poesía mexicana cantando coplas *sandungeras* al compás del harpa de nuestros fandangos; para la juventud significaba la poesía épica, la magistratura docente, la oratoria de 57; para los hombres sérios era la *ciencia económica*; para todos era lo más nacional de nuestra literatura, lo ménos opaco de nuestra turbia política, lo más brillante de las figuras secundarias asociadas á la gloria de Juarez.

La obra de oposicion de ese anciano se hacia tambien en la calle y en la Cámara. Aficionado á

Tomo II.—17.

la *flânerie* de las calles como Víctor Hugo con quien tenía ciertas semejanzas de figura y de carácter, vagaba en México como el gran poeta francés en París. Cuando en los días de agitación por la *deuda*, encontraba á algún jóven que por su aspecto inequívoco y su libro bajo el brazo le pareció estudiante, el viejo diputado se dirigía á él, le abría los brazos, le decía "¡hijo mio!" y le excitaba á no dejar de prestar al empeñado debate parlamentario el concurso de su presencia y sus demostraciones. "Solo con ustedes cuenta la oposición. Ustedes nos salvan y salvan á la patria . . . ¡Esta tarde, á la Cámara! . . ." Así hablaba el anciano á los grupos de estudiantes. ¿No habría en esas voces de un viejo tan venerado de la juventud más fuego del que se necesitaba para encender en ella la sangre y la fantasía? . . . Luego, el anciano se dirige á la Cámara, asciende con dificultad las gradas que tiene que vencer para llegar á su sillón, pone en acción la energía suprema de su espíritu para dominar á su cuerpo decrepito que se inclina al reposo y al sueño, se mezcla en la lucha parlamentaria y, no solo rejuvenecido, sino también multiplicado, está en todas las partes de ella: ne

los incidentes que son las escaramuzas y en el curso principal del debate que es el centro de la lucha. Le llega su vez de expresarse ampliamente y fundar su voto de oposición y entónces (fué en el día 14 de Noviembre) el anciano trémulo, encorvado, como agobiado por la doble nieve de su cabellera y de su barba, comenzó diciendo: "permítame Dios que al borde del sepulcro, cuando mis cabellos han emblanquecido, haga oír mi voz en defensa de los intereses de la patria, en esta tribuna, de la cual me tomo como de una rama para no ser sepultado en el precipicio. . . ." Se va en seguida al análisis constitucional y económico del contrato de la deuda y cuando lo ha reprobado á la luz de ese doble exámen, fáltale de repente la voz y el aliento, sus piernas se niegan á sostenerle más, sus ojos se entrecierran acusando un síncope de las funciones vitales, por el inaudito esfuerzo que ha hecho, y cae vacilando sobre su sillón. ¡Qué exordio y qué final! Se vió en ellos al hombre lleno del esplendor de la gloria pasada y de la majestad de la tumba próxima, que recogía su último aliento para afirmar el derecho frente al ultraje.

Después de ese discurso que removió todo lo